

EN la idea primera de Valle-Inclán, era el drama destinado a cerrar el ciclo que formaba con *Águila de Blasón*; fue escrito y publicado un año después (1908). En aquél, según vimos, había construido al protagonista en la declinación de su apogeo amoroso —abandonado por la esposa y por la amante—, y había mostrado la bellaquería de los hijos, a salvo Cara de Plata, que se ha incorporado a la causa de la Tradición, y que, por tanto, ya no aparecerá, reservando sus andanzas para los relatos de *La guerra carlista*.

Este drama terminal expone la inexorable marcha del caballero hacia su fin, y hacia su redención sin fe. Es, por ello, un drama de naturaleza donjuanesca: todo él se desarrolla al borde de la muerte, y presenta la pugna entre la naturaleza viciosa del pecador y la enigmática posibilidad de salvación que la Providencia le otorga, avisándole de que ha llegado su momento.

Recibe el anuncio en la primera escena del drama, donde, cabalgando don Juan Manuel por los alrededores de Viana, le asalta la aparición de la Santa Compañía, la procesión de almas en pena que, según la creencia popular gallega, peregrina cumpliendo penitencia, y presagiando el fin de quien la contempla. Es vibrante la gallarda pregunta con que responde el hidalgo a las voces de la estantigua: «¿Quién me habla? ¿Sois voces del otro mundo? ¿Sois almas en pena, o sois hijos de puta?»

Sabe así que está viviendo sus últimos días; va a durar poco más que doña María Soledad, la cual ha fallecido en Flavia-Longa justo cuando a él lo estaban acechando las ánimas. Impulsado por el amor que siempre tuvo a su esposa, y por el arrepentimiento que le produce el único pecado por él reconocido, el de haber martirizado con sus traiciones conyugales a aquella santa, se hace conducir por mar hasta la casona de su mujer en una noche de tormenta.

En tanto, los hijos malvados, don Pedrito, don Rosendo, don

Gonzalito, don Mauro y el tonsurado don Farruquiño, han saqueado el hogar materno. Montenegro deja el barco, que ya no puede navegar —se hundirá tras haberlo abandonado él, y perecerán todos los marineros—, y continúa su viaje a pie por la noche aterradora, meditando en su vivir: «Dios me ordena que me arrepienta de mis pecados... He sido siempre un hereje, el mejor amigo del demonio.» Pero es, dice, porque no cupo en los angostos mandamientos de la religión, que «es seca como una vieja», y no reconoce excepción alguna para un hombre como él, a quien el cuerpo y el alma sólo le piden excesos.

Peró un impensado encuentro va a llenar de sentido aquellas horas últimas de su existencia: en unas canteras, topa con otra hueste, de mendigos en esta ocasión: «patriarcas haraposos, mujeres escuálidas, mozos lisiados», que lo acogen: se dirigen a Flavia-Longa, en espera de las limosnas con que habrá de favorecerse la salvación de la difunta. Don Juan Manuel, conmovido por aquella miseria que nunca mereció su altiva consideración, siente que en la redención de aquellos desheredados está, posiblemente, la clave de su destino, y los arenga: «Tenéis marcada el alma con el hierro de los esclavos, y sois mendigos porque debéis serlo. El día en

que los pobres se juntasen para quemar las siembras, para envenenar las fuentes, sería el día de la gran justicia... ¡Seré yo quien os guíe!... La redención de los humildes hemos de hacerla los nacidos con ímpetu de señores cuando se haga la luz en nuestras conciencias. ¡En la mía se hace esa luz de tempéstad!... ¡Pobres miserables, almas resignadas, hijos de esclavos, los señores os salvaremos cuando nos hagamos cristianos!»

Y allá va el caballero, con su nueva misión asumida diametralmente contraria a la que siempre desempeñó, convertido en un caudillo de desventurados, en un santo incendiario y vengador, a conquistar para su desmedrada tropa la casona de la esposa, en la cual sigue haciendo estragos la codicia de los hijos. Se enfrentará con ellos, ya débil de fuerzas, arrancará la losa del sepulcro hediondo de doña María para ver su rostro una última vez, hará confesión pública de sus pecados, y obtendrá la absolución del capellán de su mujer.

El drama, en esta su última fase coral, con el caballero rodeado de sus miserables, adquiere dimensiones realmente grandiosas, más cercanas a Wagner que a Shakespeare. El caballero hace donación de todo a su lamentable cortejo, y se encierra en su aposento para morir. Pero los hijos prosiguen su

despojo, y sus fieles criados no están dispuestos a dejarlo perecer a solas en su encierro. Encolerizado, huye; su último refugio será la caverna de un mendigo, el loco Fuso Negro, ante quien declara su lucidez desesperada: «Un ángel y un demonio me están abriendo la sepultura a

la luz de un cirio. El ángel cava, el demonio cava... Uno a la cabecera y otro a los pies. El demonio con una guadaña, el ángel con una concha de oro. ¿No ves, hermano Fuso Negro?» Es otro momento bien reconocible de la leyenda del burlador: la disputa que entablan por el alma del caballero las fuerzas celestes y las infernales.

Sólo que aquí no hay vencedor explícito, sustituida la sentencia personal por una desolada definición del género humano; la hace Fuso Negro declarando cabrones a todos los hombres, pues son todos hijos de Satanás. Y muy claramente los del caballero, que han expulsado a los mendigos de la casona de doña María, y que darán muerte a su padre cuando llegue luego entre sus pobres, «como un viejo patriarca entre su prole: Dolor, Miseria y Locura», a confirmarlos en su herencia. Un clamor se alza del manso coro de los afligidos («¡Era nuestro padre!»), mientras los asesinos dicen la última y cinica palabra, que es burla final del autor, bien tópicamente gallega: «¡Malditos estamos! ¡Y metidos en un pleito para veinte años!»

Frente a la dispersión, llena de aciertos pero evidente, de la comedia bárbara anterior, *Romance de lobos* ofrece una unidad muy cerrada, dentro de unas dimensiones menores y más adecuadamente teatrales. Subsisten, por fortuna, todas las cualidades dramáticas: réplicas de audacia popular o sentenciosa, lenguaje de increíble plasticidad, caracteres inolvidables (¡algunos de aquellos mendigos!), y hasta la osada mostración de lo macabro, esta vez en la escena en que Benita la Costurera y doña Moncha lavan y amortajan el cadáver de doña María. ■



Por
FERNANDO
LÁZARO
CARRETER

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROMANCE DE LOBOS